

# DE BAILEN A SOMOSIERRA: EL NUDO FATAL

por Juan PANDO DESPIERTO

*«El 4 de noviembre de 1808, por Tolosa, Napoleón entraba en España. La derrota de Bailén había conmocionado Europa y humillado al Imperio. Al frente del mayor ejército conocido de los tiempos modernos, la Grande Armée, la revancha francesa se traduce en una cadena de victorias que culminarían en el paso de Somosierra. Madrid ocupado, los ingleses acorralados en el Norte y en retirada, España sin ejércitos, Napoleón creyó solucionado el asunto español. En esa errónea creencia abandonó la Península para enfrentarse con una nueva coalición europea. Pero atrás dejaba el germen de su derrota. Sería el nudo fatal de su destino.»*

## I. VISPERAS DE BATALLA



L Puerto de Somosierra, Guadarrama. En la última noche de noviembre de 1808. Madrugada y alerta. Napoleón viene. La niebla, que descendió masiva con la primera oscuridad, enturbió en ráfagas blanquecinas los grupos aislados junto a las hogueras. En bloques de cuatro, las bocas de los cañones enfilan hacia la oscuridad de la meseta. *Lluvia, viento y escalofríos.* Es todo lo que queda de los ejércitos que vencieron en Bailén, inesperados vencedores del orgullo napoleónico y enfrentados ahora solos a su destino. El país invadido, su rey prisionero, dislocadas todas sus estructuras nacionales, la derrota y el hambre lo dominan todo, mientras la paz es una palabra sin sentido.

Dolor e impiedad para el viejo reino que dominó el mundo y ahora es menos que sombra en la noche que avanza.

Estos grupos y estos fuegos que vivaquean y recortan las montañas del Guadarrama son la barrera final de un desastre militar. Son los últimos hombres y las últimas armas que quedan para la defensa de Madrid. Detrás de ellos ya no hay nada, apenas unos miles de paisanos mal armados. Castaños, el hombre que humilló al Imperio, ha sido vencido en tierras de Aragón. Con él se borraba toda ayuda posible. Aún quedan los ingleses (1). Pero son tres columnas separadas que avanzan lentamente hacia el interior de la meseta, que nunca resultarán una fuerza decisiva y terminarán por conjuntarse en un repliegue encuadrado en la derrota total. Demasiado poco y demasiado lejos para contener la avalancha francesa, que se presenta yugulante, su emperador a la cabeza del mayor y mejor Ejército conocido de los tiempos modernos: «la Grande Armée». Todas las fuerzas españolas que han intentado contenerle, han sido barridas sin más. Las viejas banderas con las aspas de Borgoña y el Toisón que no han sido capturadas, encabezan penosas formaciones en retirada hacia nuevas posiciones donde reagruparse y volver a la lucha, ya que la resistencia nunca será conquistada.

España y el Imperio frente a frente. Un disparate estratégico cuyo desenlace es inevitable a favor de la máquina militar levantada por Napoleón. Toda Europa duerme bajo las águilas. Y ni respira casi. Tan sólo Rusia, detrás de sus inmensas distancias bien segura, e Inglaterra, tenaz en su bloqueo naval por un mar que nadie más que ella domina, permanecen independientes y resueltas en su posición. El resto se agita y mueve torpemente bajo *los edredones* franceses. Y cuando todo parecía equilibradamente perfecto, un movimiento telúrico en el Sur lo trastocó por completo. Sus efectos morales abrieron grietas por los cuatro costados del viejo dormitorio continental. Y su dueño, violentamente despertado, tuvo que vestirse apresuradamente con el uniforme de la guerra. Una guerra que no le perdonaría y acabaría gangrenándose hasta acabar con él.

---

(1) Los 15.000 soldados de Moore, desde Salamanca, intentaban coordinar con la columna Hope (otros 5.000), que llegaría a Madrid y conseguiría salir de la capital para cruzar el Guadarrama, sólo 48 horas antes de la batalla por Somosierra. La tercera columna era la desembarcada en La Coruña el 29 de octubre, fuerte, de 13.000 hombres al mando de sir Charles Maird. Las tres se unirían finalmente para luego reembarcarse en La Coruña entre el 16 y el 17 de enero de 1809.

## II. EL CORREO DE BURDEOS

Para comprender Somosierra, hay que volver atrás en el tiempo y llegar a Burdeos el 2 de agosto de 1808. La ciudad está en fiestas, su emperador descansa en ella luego de un triunfal viaje por los departamentos del Midi. Tanto en palacio como en las calles, la misma sensación de invulnerabilidad. Luego de tantos años de revolución y guerras, la paz es una realidad imperial. El mundo es de Francia. A este santuario de poder y seguridad le falta un instante para su final. Un correo agotado llega, pasa la guardia, cruza casacas y negativas y entrega finalmente su verdad increíble. Los pliegos crispados en la mano, todos salen y le dejan solo. Ni en las horas más terribles de Jaffa, Marengo o Trafalgar, le han visto tan afectado. De su reacción dependen todos, como la lluvia de la nube.

*Bailén.* ¿Cómo ha podido suceder algo semejante? Sus regimientos rindiéndose en campo abierto. Un 22 de julio. El mismo día en que abandonaba Bayona, seguro de haber terminado con los asuntos de España, luego de tres meses de desagradables y tensas relaciones con aquellos Borbones que terminaron despedazándose entre sí. El día 17 había recibido la buena nueva de la victoria del mariscal Bessières en Medina de Ríoseco. 5.000 muertos y 1.500 prisioneros con 18 cañones eran las pérdidas del enemigo (2). Blake y Cuesta no eran ya preocupación. La gesta del 2 de mayo podía haber enardecido la pasión española pero en absoluto bastado para componer nuevos métodos militares. España era ya de su hermano, a quien había escrito exhortándole a recompensar al mariscal con el Toisón de Oro. El trono del mayor imperio conocido todavía, el fulgor cegador de Asia y América, el establecimiento de un poder mundial apoyado en la consolidación de su dinastía, resultaban confirmados. Y de pronto surgía, como de un aquelarre maldecido, todo este absurdo hiriente.

*Rendición.* Dupont, Vedel, Legendre, ¿acaso pensaron estos jefes a lo que se arrastraban, no ya por sus propios hombres, sino con todo el Imperio abofeteado y cubierto de vergüenza por su

---

(2) La batalla de Medina de Ríoseco (14 de julio de 1808) supone un descalabro completo para los ejércitos castellano y gallego, mandados, respectivamente, por Gregorio de la Cuesta y Joaquín Blake. Ambos generales no se entienden y dejan un enorme hueco entre ellos, que Bessières aprovecha para desbaratarlo con su superior caballería. Los 24.303 soldados españoles, amparados por una escasa caballería (710 jinetes) son arrollados en toda la línea. Las cifras de bajas difieren notablemente. Los partes españoles hablan de 1.011 muertos y heridos, 2.342 prisioneros o extraviados, más la pérdida de 13 cañones. Bessières, por su parte, informa de 70 muertos y heridos sobre sus 12.190 infantes y 1.240 jinetes..

ineptitud y cobardía? *En un campo de batalla no se capitula, se muere, señores generales. Cuando no se sabe defender un uniforme ni una bandera, no se puede firmar nada. Y menos aún el deshonor de los demás.* Pero, ¿qué es toda esa agónica mascarada de las Capitulaciones de Andújar? No eran ya los 20.000 hombres perdidos (3), ni los muertos abandonados, entre ellos aquel magnífico cuerpo de los marinos de su Guardia, incluso ellos, ¿cómo había sido posible? Ni tampoco el miedo que se adivinaba de no poder defender Madrid, teniendo 22.000 hombres para ello. No. Lo peor era el prestigio imperial ridiculizado ante las viejas cortes europeas, el orgullo de sus águilas mancillado por ese triunfo del pueblo armado con unos cuantos cañones al mando de un anciano general a caballo, de los que él había vencido a cientos.

El sol despiadado y campesino de Bailén había herido mortalmente al tibio y aristocrático de Austerlitz. Todo podía venirse abajo si no reaccionaba con rapidez: controlar las comunicaciones, adelantarse a la noticia que golpearía como un rayo las cancillerías, movilizar sus reservas y devolver aniquilamiento al golpe. Nada de sentirse acabado. Tenía treinta y nueve años. Y tenía otros generales, empezando por él mismo. Acabaría con aquel toro enfibrecido de Bailén o sería él el fulminado. La noche no le cogería aquí. Pero antes había que contener e impresionar a Europa. Después montaría a caballo y haría la guerra. Bonaparte manejaría los cañones y Napoleón engañaría los tronos. La victoria era inevitable.

---

(3) Las bajas francesas en Bailén fueron de 2.200 muertos y 400 heridos, por los sólo 243 muertos y 735 heridos comunicados por Castaños a la Junta de Sevilla. Los regimientos franceses de las divisiones Barbou y Fresia (del Cuerpo de Dupont), con 8.242 hombres desfilaron con los honores de la guerra y se rindieron, luego de dejar sus armas en pabellones a la distancia de 400 toesas (778,40 metros) frente a los españoles. Al día siguiente, 24 de julio, las divisiones Vedel y Dufour (otros 9.393 hombres) se rendían también, aunque no se consideraban prisioneros de guerra. «La palabra de Castaños sobre la repatriación no pudo cumplirse, dada la negativa del almirante Collingwood y carecer la Armada española de navíos suficientes». Castaños, muy preocupado por el giro de los acontecimientos, redactó 6 nuevos artículos a las Capitulaciones (6 de agosto y en Sevilla), en las que comunicaba a Dupont sus gestiones cerca de los ingleses para que éstos permitieran el paso de otros buques españoles sobre el bloqueo del litoral francés. Collingwood se avino finalmente, aunque con profundas restricciones y, finalmente, el 10 de agosto, Tomás de Morla, nuevo capitán general de Andalucía, dio por terminado el asunto, negándose a nuevos tratos en base a los desmanes producidos por las tropas de Dupont en Córdoba. Los prisioneros de Bailén —excepto los jefes y generales que lograron embarcar más otros 1.100 que serían reembarcados a Inglaterra en 1810— perecerían casi todos en los pontones de Cádiz y en la isla de Cabrera, de la que sólo sobrevivieron unos 1.200 en 1814.

### III. LA LARGA NOCHE ESPAÑOLA COMIENZA

En esas horas, Madrid no es suyo. En Fontenay-le-Comte, donde Napoleón ha decidido hacer noche, otro correo exhausto le alcanza con la brutal sorpresa: el rey José está en Buitrago, a 70 kilómetros al norte de la capital. Todo el Ejército se retira precipitadamente hacia el Duero. Sus órdenes de concentración de refuerzos que elevarían a casi 40.000 hombres la defensa de Madrid, ya no tendrán un pulso que las dirija. Toda esta perspectiva empieza a pudrirse como un campo de batalla en el ocaso. La noche se presenta agobiante y fantasmal en Fontenay.

En la madrugada española, José, sombrío y decepcionado, encabeza una triste columna de partidarios que le sigue en retirada hacia la forzosa conjunción con Bessières. Son los afrancesados: Urquijo, Mazarredo, Azanza y O'Farril entre los más conocidos. La mayoría, Cevallos, Piñuela, el duque del Parque, tal vez su mejor confianza, le han abandonado camino de su penitencia para rendir cuentas al emperador. Su decisión de abandonar la capital había sido forzada por la irresistible acumulación de los acontecimientos. Sus generales, Savary a la cabeza, habían sido rotundos en el consejo de guerra celebrado en Madrid al confirmarse desde Madrideojos el descalabro francés (4): era una locura presentar batalla con sólo 20.000 hombres frente a un Ejército que acababa de obligar a otros tantos franceses a rendirse. Si los restantes ejércitos españoles convergían sobre Madrid y enlazaban con Castaños, el desastre sería definitivo. La retirada era una necesidad de horas. Medina de Ríoseco y Bailén. La victoria y la derrota en sólo una semana. El 31 de julio salía de Chamartín. Atrás quedaba una idea imposible de cumplir, tan desorbitada como los ánimos que le ofrecía su emperador y hermano el 24 de julio: *No tenéis que extrañaros de luchar por vuestro reino. Felipe V y Enrique IV lo hicieron para conquistar los suyos. Y él había respondido luego de ver la respuesta popular a su entrada en la capital: Enrique IV tenía un partido, Felipe V sólo había de combatir a un competidor; y yo tengo por enemiga a una nación de 12 millones de habitantes, bravos y exasperados hasta el extremo. No, sire, estáis en un error; vuestra gloria se desvanecerá en España. Sin embargo, 50.000 hom-*

(4) Los rumores sobre el desastre de Bailén —que habían empezado en Madrid el 23 de julio— se confirmaron el 28 con la llegada de un despacho del comandante Plicque, jefe del puesto de Madrideojos, anunciando la presencia ante él del capitán De Villoutreys, escoltado por un piquete de caballería española y portador de una copia de las Capitulaciones de Andújar. El 29, por la tarde, De Villoutreys se entrevistaba en Palacio con el rey José, entregándole varias cartas personales de Dupont.

*bres de buenas tropas y 50 millones antes de tres meses, pueden arreglarlo todo. Y esto lo había escrito cuatro días antes de conocer dónde estaba Bailén. ¿Qué haría falta ahora? Posiblemente la comprensión de su hermano. Pero eso era pedir el mundo. La columna, escoltada por dragones y coraceros, se perdió de golpe en la noche como si jamás hubiese existido.*

#### IV. LA MAQUINA DE LA GUERRA SE PONE EN MOVIMIENTO

Desde Burgos, y fechada a 9 de agosto, Napoleón recibe la renuncia emocionada y sincera de su hermano al trono español, solicitando se le restituya el reinado de Nápoles, sin imaginar que éste ya ha sido adjudicado a Murat. El emperador no se dignará siquiera en contestarle. Tiene otros proyectos. Y su horizonte permanece inalterable.

Ya el 5 de agosto y desde Rochefort habían salido numerosos correos, pero dos de ellos particularmente importantes: uno va dirigido al general Clarke, ministro de la Guerra, y en él se le instruí para que la mitad de los efectivos de la «Grande Armée» en Alemania se dirigiesen de inmediato sobre Francia a fin de reorganizarse antes del asalto a España. El segundo, absolutamente vital, tiene órdenes de reventar caballos y la vida incluso, ganando minutos a la noticia de Bailén para llegar el primero a la corte del zar. De esta forma, un sorprendido Alejandro recibirá complacido la inesperada propuesta: *...y sabiendo que nada podía ser más agradable al emperador de Rusia, os anuncio solemnemente que no solamente estoy dispuesto a evacuar Prusia, si no que las órdenes oportunas ya han sido cursadas.*

Se trataba de una masa de 80.000 veteranos los que se ponían en movimiento al primer impulso desde Brandenburgo, Hannover, Silesia, Weimar. Mientras, el zar trata de comprender, Austria se rearma solapadamente, Inglaterra gira calculadora sus ojos a la Península y el Imperio entero se moviliza. Tropas de Holanda, de Westfalia, de la Confederación del Rhin, italianos y polacos, todos se alistán, marchan y cabalgan. Los únicos que permanecen inmóviles son precisamente los que más prisa deberían demostrar. Los ejércitos españoles pierden una oportunidad irrepetible de concentrarse y destruir los desperdigados cuadros franceses. Madrid sólo será ocupada el 13 de agosto y esto por las fuerzas del general González Llamas, del ejército de Valencia, mientras los vencedores de Dupont se dejan aturdir de fiestas y parabienes en su camino hacia la capital, adonde llegarán el 23.

Ese mismo día 13 de agosto en que Madrid vitorea entusiastamente a sus tranquilos liberadores, José, considerando el riesgo—inexistente— de verse superado por sus flancos, ordena un repliegue general hasta llevar su cuartel general a Miranda, donde le alcanza el correo de un Napoleón enfurecido: *El Ejército parece mandado no por generales, sino por inspectores de postas. ¿Cómo se puede evacuar España sin saber siquiera lo que ha hecho el enemigo?*

Napoleón no pierde por ello su ritmo. El 14 de agosto está en París. Se ha entretenido excesivamente por el camino, en su afán de demostrar una tranquilidad a su pueblo que le cuesta dominar, y haciendo la guerra por las noches, lanzando sus correos en todas direcciones, atento a cada concepto y número que recuerda sin fallo alguno y así lo ordena: *Libramiento de un crédito de 4.922.550 francos para el servicio de transportes. Expedición inmediata a Bayona de 75.000 capotes, 75.000 pares de botas y 75.000 camisas. Requisita masiva de caballos y mulos. Organización de los envíos necesarios para reunir en Bayona hasta 4 millones de raciones de harina y 1 millón de raciones de bizcocho. El séxtuplo de estas cantidades debe quedar almacenado en Perpiñán. Control de la marcha de tres Cuerpos de Ejército desde Mayence a Bayona (50 etapas). Reunión de los 770 vehículos imprescindibles para su impedimenta.*

El 7 de septiembre, dado en Saint-Cloud, se publica un extenso decreto que enumera su nuevo Ejército. Es la máquina más intimidante y mejor pertrechada que ha imaginado Europa. Cinco mariscales (Víctor, Bessieres, Moncey, Lefebvre y Ney) más el general Gouvion Saint-Cyr, encabezan los seis Cuerpos de Ejército (5). Son un total de 202.700 hombres, la élite del Imperio. Solamente la Reserva (34.000 hombres) contiene ella sola cuatro divisiones de dragones, sumando un total de 16.000 jinetes, tres veces más que la caballería de todos los ejércitos españoles que entonces se están formando. Junto a ellos figura su Guardia (29.500 hombres) y la

---

(5) Cuando Napoleón organiza su Ejército para luchar en España, lo hace conjuntando los efectivos que ya se encontraban en suelo español más los provenientes de la Grande Armée de Centroeuropa. Después de Bailén y de la retirada sobre el Ebro, las fuerzas francesas quedaron distribuidas en formaciones equivalentes a las españolas: el Cuerpo de la Derecha (Bessieres), cerca de Burgos, con 17.597 hombres, el Centro (Ney), entre Logroño y Nájera (8.957), el de la Izquierda (Moncey) en Aragón, con 20.749, más la reserva del general Lepic (Guardia Imperial y Real del rey José), con otros 6.086 hombres. A éstos se añadían los 11.559 hombres de las guarniciones de Bilbao, Vitoria y Pamplona y otros 20.075 en hospitales. Napoleón dispondría de 7 Cuerpos, a los que se añadiría el 8.º, compuesto por los repatriados de la derrota de Portugal y nuevamente al mando de Junot.

del rey de España, 1.500 viejos veteranos franceses. Pero Napoleón necesita más hombres. Centroeuropa va a quedar desguarnecida y Francia, a mediados de 1808, estaba despoblada de tropas. El emperador la repuebla de fusiles ordenando una leva de 160.000 hombres, en su comunicación al Senado del 8 de septiembre (6).

En el momento de aparecer el decreto, Napoleón ignora los acontecimientos de Portugal. Un correo llegado por mar a La Rochelle conmociona las Tullerías. Es una nueva rendición, llamada esta vez Convención de Cintra y firmada el 30 de agosto, por la que se obliga al ejército del duque de Abrantes a ser embarcado para Francia. Portugal y España perdidos en un mes. *Ese viejo amigo Junot, tatuado de cicatrices por su causa, ha debido perder la razón.* Pero la noticia, con ser demoledora —¿quién es ese Wellesley que le ha vencido en Vimeiro con sólo 240 jinetes por toda caballería?— no produce el efecto del correo de Burdeos (7). Después de Bailén, Napoleón parece inmune a las catástrofes. ¿Los ingleses quieren guerra? Bien, la tendrán. Y no en el mar. En su terreno. ¿Junot y sus soldados desembarcados en Quiberon? Perfecto. A marchas forzadas hacia Bayona. Tardarán menos en volver a España de lo que han empleado en salir de ella. Ahora lo que importa es Rusia.

Erfurt. Lujosos uniformes y deslumbrantes condecoraciones. Es la gran parada. Bayonetas al sol y hurras. Napoleón mueve sus mariscales, sus reyes y príncipes, como en una batalla, pero son tantos, que provocará en una revista la espontánea resolución de un tambor mayor de su Guardia: *¡Atención, sólo un redoble; no es más que un rey!* «Grandes maniobras en soledad, lejos de testigos y frente por frente al poder continental repartido. Alejandro parece subyugado y Josefina recibirá esta confidencia: «El zar es

---

(6) Esta llamada comprendía los hombres exonerados de las conscripciones de 1807 a 1809 y la conscripción completa de 1810. Sobre esta masa, Napoleón cogerá únicamente la mitad, de la cual, 60.000 serían escogidos de los reemplazos más jóvenes, mientras los restantes 20.000 de mayor edad se dirigían a Bayona, como reserva del Ejército de España.

(7) El 21 de julio de 1808, los 18.818 hombres de sir Arthur Wellesley ((16.778 ingleses y 2.040 portugueses con 12 cañones) se enfrentan a los 11.200 de Junot, con 23 piezas. Junot dividió sus inferiores fuerzas en dos masas muy separadas que atacaron decididamente los fuertes emplazamientos británicos en las colinas de Vimeiro. Los franceses tuvieron 1.840 bajas por 720 de sus contrarios. La firma el 31 de agosto —entre sir Hew Dalrymple y Junot— de la Convención de Cintra, permitía el reembarque de la casi totalidad del ejército galo en Portugal (22.000 hombres). Los 22 artículos de Cintra causaron estupor e indignación luego en Inglaterra, y Wellesley —el futuro duque de Wellington— y Dalrymple, llevados ante un Tribunal de investigación, que los declararía trabajosamente absueltos el 22 de diciembre.



mío. Si fuera mujer, ya le habría hecho mi amante». Pero el zar no se ha entregado porque ha recibido una visita y confesión de quien menos esperaba, Tayllerand: «Es a vos a quien toca salvar Europa, y no lo conseguiréis más que haciendo frente a Napoleón». Y Napoleón, enfadado ante el no que no esperaba, tirará una tarde con furia su sombrero al suelo. Y Alejandro le replicará impasible: «Vos sois violento y yo terco. Hablemos, razonemos, o me marchó».

Alejandro no es el mismo de Tilsit. Tayllerand y Bailén le han dado la seguridad que nunca pensaba alcanzar. Napoleón no sabe mirar hacia atrás, como tampoco cree en un pueblo sin cabeza. París y España serán dos de sus peores enemigos. El primero siempre conspirará contra él. El segundo no se rendirá jamás. Y así, una de aquellas noches de Erfurt, Caulaincourt, su embajador en San Petersburgo, le oirá confesar: «¡Esos asuntos de España me cuestan muy caros!». Alejandro tiene todas las de ganar, por lo que accede como a la fuerza y se firma un tratado. Rusia puede apoderarse de Finlandia y de las provincias danubianas, mientras alienta a Austria para que levante la cabeza, ya que el horror y la destrucción van camino del Sur. Napoleón puede ya soltar las riendas de su caballo de la guerra. Pero la montura no está bien asegurada, y todo el Imperio caerá fatalmente con ella en esta carrera que ahora comienza.

Napoleón volvió a París el 16 de octubre. El 25 se dirigía al Cuerpo Legislativo: «Parto en pocos días para ponerme yo mismo a la cabeza de mi Ejército y, con la ayuda de Dios, coronar en persona en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre los fuertes de Lisboa». Ha mencionado la amenaza inglesa y su error cegado por las pasiones, calificándolo de «buen suceso de la Providencia que ha protegido constantemente nuestras armas». Ni una palabra de los españoles. Bailén está tan olvidado como Villeneuve. Los vencidos no cuentan.

## V. UN PUEBLO ENTERO SE LANZA A LOS CAMINOS

España. Comienzo del invierno de 1808. Vuelve el francés. Sin rey y sin caudillos que sustituyan la orfandad y la tornen en victoria, el viejo reino parece haber llegado a su punto final. La inmensa maquinaria de los Austrias y Borbones, quebrados sus ejes, se precipita hacia el abismo. Se ha compuesto una Junta Central, establecida en Aranjuez como hueco simbolismo del poder soberano ya perdido, encabezada por el conde de Floridablanca,

un ministro ilustrado de Carlos III, que ha vuelto del destierro para encontrarse de cara con su nación desarbolada y hecha jirones. Hay, pues, un poder político de talante reformista y ya prestigiado, lo mismo que aparece un poder militar en los nombres de los generales que se reúnen en consejo de guerra en la capital recién liberada del monarca intruso. Pero tanto uno como otro están desconectados de lo que en realidad sucede. La Junta, empero, ha tenido urgente y buen cuidado en atribuirse el tratamiento de «majestad», mientras su presidente recibía el de «alteza», enmarcado con unos honorarios de 500.000 reales anuales, a la vez que cada uno de los primeros 35 vocales se apropiaba del de «excelencia», junto con otros 120.000 reales como mejor blasón sustitutivo (8).

Los políticos ceden la solución de sus problemas nacionales, que cruzan por la vía militar, en manos obligadas del Cuerpo de generales. Y éstos, dominados por su historia y el aura engañosa y triunfante de Bailén, aplican viejas teorías de olvidadas guerras. Pero Napoleón no hace la guerra de los espléndidos lienzos de batallas del Prado, ni tan siquiera de los que contienen las Tullerías o el Louvre. Es una nueva guerra de Italia, otra campaña de Bonaparte. Una guerra que él ha ideado y sólo él domina. Y España no tiene ningún cordobés genial que le ofrezca un nuevo Ceriñola. El pueblo español lo desconoce, pero no cuenta más que con él mismo. Bailén ha sido un relámpago en la oscuridad. Napoleón lo presiente y va recto a la victoria.

Los españoles perdieron su último Ejército en Rocroi, bajo los cascos de la caballería francesa del duque D'Enghien. Han pasado ciento sesenta y cinco años, dos dinastías, siete reyes y una enorme esperanza. España ha tenido victorias y fracasos que todavía vibran y duelen, Villaviciosa, Menorca, Buenos Aires o Gibraltar. Pero ya no hay ningún Gonzalo de Córdoba o Alejandro Farnesio. Lo que será incapaz de comprender Napoleón, es la voluntad de todo un pueblo afirmado en su razón por gigantesco que fueren los sacrificios a ofrecer. Y es que los nuevos generales de España se levantan en los caminos. Ellos son los guerrilleros.

Mas en este áspero inicio del invierno, sus *generales-niño* están arrebatando sus primeras armas, apuntando los altos chacós de los

---

(8) Por Real Orden del 30 de septiembre de 1808, quedaba compuesta una Junta Militar por los generales marqués de Castelar, marqués del Palacio, conde de Montijo, Tomás de Morla, Pedro González Llamas, el brigadier de ingenieros Agustín Bueno y el de la Armada Gabriel de Císcar. La presidencia la ostentaba el general Castaños.

correos y patrullas que se atreven a cruzar —y no continúan— por delante de su venganza. Los archivos españoles están atestados de aquellos despachos ahora amarillentos que nunca leyeron ojos franceses. Son el testimonio de El Empecinado, Porlier, el cura Merino, Juan Palarea, el alcalde de Otívar o Julián Sánchez. Para los franceses, unos bandidos, asesinos simplemente. Y es que Murat ya no se acuerda de los bárbaros fusilamientos en la negra montaña del Príncipe Pío, aquel 3 de mayo nocturno en Madrid, desgarrado y solo. Tiene otro trono y bastante menos inquietante. En Nápoles se hubiese aburrido Goya, pero desde luego sufrido menos. Sus dibujos del horror son la pintura diaria en su patria cercenada y llameante. Los franceses acuchillan y saquean sin piedad alguna, como en Medina de Ríoseco después de su victoria. Los españoles decapitan y crucifican por respuesta. Al furor se replicará con la tortura, y a ésta con la ejecución. España es un país con pocos árboles, pero los que restan verán modificada su silueta en horcas incontables. En unas colgarán los descamisados, los empecinados, que el nombre ya es historia viva, como nula advertencia a su indomable voluntad de lucha. En la fila opuesta del camino se balancearán los uniformes del Imperio, putrefactos y mutilados, en el tenso aire hispánico.

Ya no son aquellas hermosas batallas, aunque sangrientas, de Centroeuropa. Allí se podía pensar y vivir el amor mientras curaban las heridas. En esta tierra dura y desolada, detrás del beso asoma el puñal y aguarda cruento el descuartizamiento. La «Grande Armée» penetra implacable y superiormente en ella, pero sólo será dueña de la tierra que pisa. El agua está envenenada y lo que no se han podido llevar, queda muerto o quemado. Sólo hay silencio, cadáveres, humo y emboscadas. Es la guerra total. España 1808 surge como la escalofriante premonición de Rusia de 1812. Y el miedo de «ir a España» corromperá el ánimo del ejército imperial. Sólo Napoleón se atreverá a mirar de frente al patíbulo español, que sangrará hasta la médula su Ejército. Y el coronel de Gonneville oírá aterrado decir un día a sus hombres: «¡Hay que pegarle un tiro!». Y después acusarse unos a otros de cobardía por no atreverse a hacerlo.

## VI. EL AGUILA HA LLEGADO

No hay ninguna guerra que no pueda calificarse de cruel y por eso ahora, mientras pasa revista el 3 de noviembre a sus bien aliadas y enardecidas tropas en Bayona, Napoleón tiene tiempo y

hasta razones para el buen humor. De entre las filas, un subteniente se adelanta y se atreve a decir de improviso «que lleva cuatro años largos esperando ascender». La respuesta le llegará fulminante: «Yo estuve siete de teniente y me ha ido muy bien». En efecto, al emperador no le van mal sus asuntos. El 5 de noviembre está ya en Vitoria, donde se aloja en una desvencijada casona de las afueras de la villa. No quiere que se sepa que está ya en España y tiene el mando del Ejército, pese a que Berthier, su mano derecha, se lo haga saber sutilmente al general Belliard: «El mariscal Jourdan quedará al servicio del rey, pero éste será el lugarteniente del emperador. Esto, naturalmente, debe quedar entre nosotros». Para José, que acaba de recibir otro despacho en el que se le dice secamente: «Todos vuestros Cuerpos están diseminados. En estas circunstancias, es conveniente me enviéis dos o tres informes por día», es la puntilla. Tendrá su trono, su reino y su guerra por ello. Pero siempre habrá un amo que le pedirá cuentas y no para su nuevo país, sino para el Imperio.

El ejército francés se encuentra diseminado, siguiendo una vasta circunferencia entre Bilbao y Pamplona. En menos de una semana, Napoleón corregirá este desajuste, coordinando los diversos Cuerpos y lanzándolos hacia la caza y captura de las unidades españolas. Enfrente, y luego del consejo de guerra celebrado el 21 de octubre en Zaragoza bajo la presidencia cansada y preocupada de Castaños —está seriamente afectado por una crisis reumática— la única idea clara que resulta es un despropósito total. Se quiere envolver a la «Grande Armée» por los flancos, para reproducir Bailén a gran escala. El resultado serán tres nuevos Rocroi para las banderas cruzadas con las aspas rojas de Borgoña y el Toisón.

Los españoles presentan su potencial en tres grandes Cuerpos. El de la izquierda, fuerte de 47.706 hombres, bajo el mando de Joaquín Blake, un estudioso militar pero falto de experiencia y audacia, desplegándose por tierras cántabras y vascas, para rodear por la espalda a Napoleón. En el centro, que no existe como tal, una pequeña fracción de apenas mil soldados en el punto estratégico de Burgos, al que el Ejército de Extremadura, recién salido de la capital para reforzarle con sus 12.486 hombres, intenta sostener. Más a la derecha de este enorme hueco, Castaños, al frente del Ejército del Centro, agrupando los antiguos de Castilla, Valencia y el victorioso de Andalucía, y apoyado en una línea desde Logroño y Calahorra hasta Tudela. La Junta calcula optimistamen-

te (9) que Castaños pueda reunir 75.000 hombres, e incluso unirse a las fuerzas del escocés sir John Moore. Esta conjunción nunca será posible, e ingleses y españoles resultarán derrotados consecutivamente.

Más atrás queda el llamado Ejército de Reserva o de Aragón, bajo el mando de José Palafox, otro abigarrado conjunto de tropas veteranas, y reclutas en su mayoría (33.323 hombres). Por último, el Ejército de la derecha, en Cataluña, al mando del general Vives, acosando a Duhesme, retraído éste en la llanada de Barcelona (10). En conjunto, y sumando los refuerzos enviados a Castaños que elevarían su ejército a 42.000 hombres, los españoles presentaban una masa de 130.000 luchadores entusiastas pero de regular calidad combativa (de ellos 6.000 jinetes y 2.000 artilleros con 140 piezas), frente a los casi 240.000 de la «Grande Armée» desplegados a un lado y otro de los Pirineos; 125.000 de los cuales disponibles en primera línea (20.000 jinetes entre ellos).

Napoleón intuye el hueco de Burgos y decide dar allí su primera estocada, mientras despliega sus poderosas alas para acabar con Blake y Castaños. Zornoza y Valmaseda son los dos primeros encuentros, que no son victorias definitivas por la falta de entendimiento entre Víctor y Lefebvre, siempre recelosos el uno de la gloria del otro. Blake evita con facilidad el cerco y envuelve a su vez con 30.000 hombres a la aislada división Villate, que evita el aniquilamiento por la veteranía y decisión de su jefe, al que sus hombres siguen como un bloque, mientras Blake pierde una nueva oportunidad de debilitar las potentes fuerzas que le hacen frente. Napoleón se enfurece al conocer la verdad y recrimina severamente a sus mariscales, exigiéndoles, como a Lefebvre, en un despacho cursado a las dos de la mañana del día 8 y firmado por la rúbrica inequívoca de Berthier: «El emperador, señor mariscal, lleva más de 24 horas sin tener las ideas claras respecto a vuestra situación. En esas circunstancias, os exige un informe detallado cada tres horas».

---

(9) Con fecha 29 de octubre, Castaños comunicaba a la Junta Central de que sus efectivos ascendían tan sólo a 26.015 infantes, 3.292 jinetes y 50 piezas de artillería, recalcando el «estado deplorable de sus tropas», faltas de vestuario, impedimenta, hospitales, etc.

(10) El llamado Ejército de la Derecha, al mando del teniente general Juan Miguel Vives, tenía unos efectivos de 20.535 hombres con 17 cañones. En cuanto a Duhesme, luego de su fracaso frente a Gerona y en otras operaciones, había quedado reducido a 9.700, atrincherados en las fortificaciones del campo de Barcelona; a los que trataba de socorrer el 7.º Cuerpo de Saint-Cyr, que pronto contaría con cerca de 40.000 hombres entre Perpiñán y Figueras.

Napoleón pone firmes a sus señores de la guerra o los cambia por valores sólidos. Lannes, uno de sus preferidos y que nunca le falla, sustituirá al vacilante Moncey en el ala izquierda, frente a ese Castaños que le preocupa. El duque de Dalmacia, Soult, pasa a dirigir el 2.º Cuerpo, mientras Bessières —su mejor lanza— que va a tomar el mando de la Reserva de Caballería —22 regimientos—, galopa decidido hacia Burgos. El acero brilla ya en el aire. Y los españoles no acaban de comprender. Al general Galluzo, jefe del renqueante Ejército de Extremadura, que llega extenuado a la capital del Cid, no se le ocurre mejor cosa que reclamar vestuario y calzado para sus hombres medio desnudos. La contestación es el cese fulminante. Un joven conde de treinta y dos años, alférez de la Guardia de Corps y que, por la dualidad entonces imperante en el ejército español, equivalía al de brigadier, se ve ascendido de improviso a mariscal de campo gracias a la influencia de su padre, el marqués de Castelar, miembro influyente de la Junta de generales. Napoleón busca sus mariscales, con suerte, en las mochilas. Los españoles, sin ella, en pelucas. Los resultados y diferencias no se harán esperar.

### VII. GANAR BATALLAS NO ES DIFÍCIL EN ESPAÑA

Mientras Burgos es abandonado por sus habitantes ante la batalla inminente, los últimos refuerzos de Madrid (parte de las 1.ª y 2.ª divisiones) se presentan con su jefe, general Juan José de Henes-trosa, ante el conde de Belveder. Y el desconcierto sucede a la incredulidad al escuchar: «Con las fuerzas que tengo me basta para rechazar a los franceses. Le recomiendo, general, se repose tranquilamente con sus tropas».

En ese mismo tiempo, truenan los cañones en el Norte. Víctor desencadena una ofensiva sobre Blake sin esperar a Lefebvre. La gloria no es nada si debe ser compartida. Es la batalla de Espinosa de los Monteros, 23.000 españoles contra 21.000 franceses. Las unidades gallegas y asturianas y la llamada «División del Norte» (11)

---

(11) Por la alianza imperante entre España y el Imperio en la primavera de 1807, una división reforzada (13.374 hombres y 18 cañones) había sido enviada a guarnecer las costas de Dinamarca (en Jutlandia). Los sucesos de España motivaron el lógico impulso por retornar a la patria, consiguiéndolo, luego de múltiples periperias, con la ayuda de los 37 buques del almirante inglés Saumarz desde la isla de Langueland (21 de agosto). El 9 de octubre llegaban a Santander 9.190 españoles, quedando otros 5.175 prisioneros de los franceses de Bernadotte, que los internarían en campos de concentración.

hacen prodigios de valor, rechazan a los «groñards» y se cubren de gloria y cadáveres en la «Loma del Ataque», posición clave del combate. Es la noche del 10 al 11 de noviembre. Pero Blake no aprovecha su éxito inicial, le falta empuje y no acierta a maniobrar. Víctor reacciona, echa mano de sus reservas (división Ruffin y brigada Labruyère), mientras llama urgentemente a un Lefebvre que tampoco llegará a tiempo, pero restablece el equilibrio. Con las primeras luces, los españoles cargan pendiente abajo, sus generales a caballo y los primeros. Todos caen, apuntados uno tras otro por los fusileros de élite franceses. Acevedo, Quirós, Valdés, San Román (12) muertos o malheridos, el aturdimiento lo puede todo. El francés Villate da la puntilla rompiendo el centro español y apoderándose de casi toda su artillería. La desbandada es general. El Ejército de la izquierda desaparece como tal, dejando en el campo 5.333 bajas como prueba de un valor mal conducido. Víctor envía gloria y banderas a su emperador, mientras los «groñards» entierran a sus camaradas entre el frío de una tierra que no se cansará de recibirlos.

En la mañana de ese mismo día 10, la vergüenza y la tragedia triunfan en Gamonal. Belveder, confiado en su estrella y a caballo, espera una lucha «*minué, cortés y a su medida*». Ignora que Castaños le ha enviado un despacho urgente ordenándole la evacuación de Burgos y su conjunción con Blake, donde podría salvarse. Castaños presiente el golpe y trata de evitar lo peor. Pero el mal está en el principio y las derrotas viajarán más deprisa que los correos.

En el instante en que el sol puede a la niebla, una masa de uniformes azules se abalanza, sin disparar un tiro, en columna cerrada y a paso de carga contra el centro español, las bayonetas brillando rectas hacia Belveder. Es la división Mouton, cuajada de veteranos. La artillería española —14 piezas— apenas puede hacer tres o cuatro descargas cuando toda aquella avalancha sube los improvisados parapetos, clava los artilleros a los cañones y deshace en minutos toda resistencia organizada. Los casi 8.000 campesinos que flanquean las posiciones españolas huyen despavoridos. Henetrosa, al frente del 1.º y 2.º regimiento de húsares, intenta lo imposible: contener a la caballería de Lasalle.

---

(12) El general Quirós resultó muerto en la acción, pero mientras el jefe de escuadra, Valdés, conseguía ponerse a salvo, los generales Acevedo y el conde de San Román —que mandaba la división del Norte en Espinosa— eran atacados por los jinetes de Debelle. Acevedo fue rematado en su carro y San Román, que intentó huir a caballo, murió desangrado en la venta de Somahoz. Las bajas francesas en la batalla fueron de 1.234 muertos y heridos.

Sostenido por los dragones de Milhaud, Lasalle, busca a su contrario. Pero Belveder es sólo una sombra en el torrente desbordado de la huida. Los jinetes galos hacen una carnicería con irregulares, soldados y húsares, y así penetran todos, fugitivos y vencedores, por las puertas desguarnecidas de un Burgos atemorizado y entregado inmediatamente al saqueo. Sin embargo, en Gamonal se lucha todavía, y el 4.º batallón de Guardias Valonas forma el cuadro y muere en silencio hasta el exterminio. De 300 hombres, quedarán 74, incluyendo su jefe, el valeroso Vicente Genaro de Quesada, acribillado de heridas y testimonio de una tradición militar merecedora de mejor suerte.

Napoleón, que recibe la noticia en Cubo de Bureba por la noche de este mismo día 10, comunica a su hermano, relegado a la retaguardia del Ejército en Briviesca: «Vencer no es nada, es preciso aprovecharse de la victoria», mientras califica a los españoles de *infame canaille fanfaronne* y cursa órdenes estrictas para que «los comandantes de plaza hagan sonar las campanas y dejen oír el cañón, aunque no para anunciar una victoria sobre los españoles, sino un triunfo sobre el partido inglés». Despectivo epitafio para los dos mil cuerpos que cubren el bosque de Gamonal (13). Los españoles han perdido todo, incluso sus banderas —seis en el combate y otras seis en la persecución hacia Lerma— que el propio Napoleón enviará satisfecho al conde de Fontanes, presidente del Cuerpo Legislativo. Por otra parte, Belveder, más que nunca caricatura de sí mismo, se atreve a escribir a Floridablanca desde Lerma: «Atacado durante trece horas por fuerzas muy superiores y pese a haberlas rechazado por dos veces, me encuentro derrotado de tal forma que estoy a punto de salir para reunir el Ejército en Aranda. He debido perder muchos hombres, impedimenta y artillería... Me anuncian que el enemigo nos sigue con débiles fuerzas, pero, por temor a que nos persiga mañana, salgo ahora mismo. Son las diez de la noche» (14).

Cuatro días más tarde, Napoleón recibe el despacho de la victoria sobre Blake. Sin izquierda y sin lo que debería haber sido

---

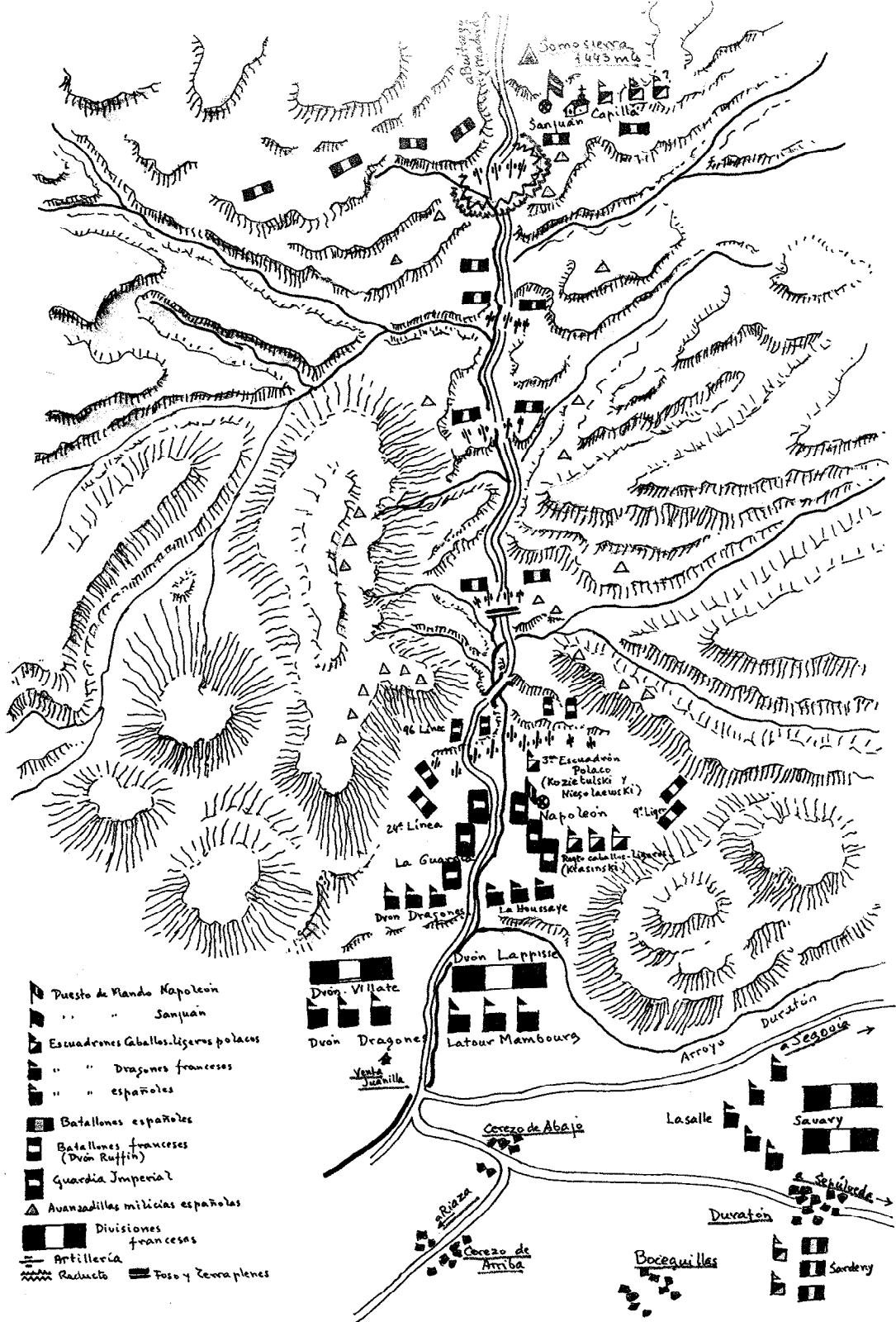
(13) Los efectivos de Belveder eran 8.355 hombres (de ellos, 958 jinetes), frente a los pocos más de 10.000 de Mouton y Lasalle. Las bajas españolas sobrepasaron los 2.500 muertos y heridos —la inmensa mayoría perecieron— y otros 2.000 prisioneros. Los franceses tuvieron sólo 50 muertos (todos por el fuego de la artillería) y 155 heridos.

(14) Belveder abandonó por completo el control de su desbandado ejército en Aranda, y prosiguió su huida hasta Segovia, donde sería desposeído del mando, que volvería de nuevo al general Galluzo.





Forzamiento del paso de Somosierra por el escuadrón polaco, vanguardia de las tropas napoleónicas  
(Museo Versailles. Paris)



Croquis del despliegue de las tropas españolas y francesas, anterior al asalto de Somosierra

el centro, Castaños está perdido. Pese a ello, mueve a Ney desde Aranda hacia Soria para que ayude a Lannes o corte la retirada del español hacia la capital. No va a ser necesario. Con fatalista resignación del ser propio español, Castaños se ve obligado a aceptar combate en Tudela. Es el 23 de noviembre. Acaba de terminar un extraño consejo de guerra en el que los dos hermanos Palafox, José y Fernando (representante éste de la Junta) insisten en que todo el Ejército se repliegue sobre Zaragoza, considerando Aragón la clave de la resistencia peninsular. El coronel Graham, observador enviado por Moore, apenas puede comprender tanta insensatez. Castaños se deja hacer, corrige lo que puede y asiste, estoico e iluminado pero impotente, como una fantasmal silueta del Greco, a la culminación de su derrota. Lannes, arrolla a los 30.000 españoles descabezados.

Castaños está solo, sus generales (O'Neill, La Peña, Saint-Marcq) carecen de garra e intuición, le obedecen tarde y mal, él mismo carece de un plan determinado. La caballería de Lefebvre-Desnouettes acuchilla a placer a los desmoralizados cuadros españoles, rotos por el empuje coordinado de las divisiones Morlot, Mathieu, Gradjean, Musnier. Son casi las cuatro de la tarde. En el olivar de Huerta Mayor, un general de uniforme y pelo blanco se interpone intentando evitar la retirada. Abre los brazos, grita y señala, pero la polvareda de la derrota lo sumerge implacable. Los pocos oficiales que le rodean consiguen rescatarlo y convencerle de que es inútil la resistencia. 3.000 muertos y heridos, otros tantos prisioneros, dos banderas y 26 cañones, quedan atrás. Ahora hay que salvar lo que se pueda del ejército. Gracias al aviso oportuno del obispo de Burgo de Osma que ha conocido la salida de la división Desolles de Aranda, Castaños comprende que Ney corre a sus espaldas. Pero el duque de Elchingen no se entera hasta el 27 de la victoria de Tudela (Lannes y Moncey no se molestan en comunicárselo) y, cuando reacciona intentando atacar por Agreda, Castaños, que ha abandonado ya Calatayud, consigue alcanzar Sigüenza y luego Guadalajara, donde entregará el 1 de diciembre el mando de los 12.000 hombres que le quedan al conde de Cartojal (15).

---

(15) Castaños volvería a mandar tropas en campaña. La Albuera, Los Arapiles y Vitoria bajo las órdenes de Wellington, en el Rosellón durante los Cien Días), pero nunca más estuvo en primera línea como en Tudela. Presidente de la Junta de Regencia, del Consejo de Castilla, del Consejo de Regencia (minoría de edad de Isabel II) y duque de Bailén desde 1833, absolutista eficaz, pero jamás apasionado, moriría donde nació, en Madrid, a la avanzada edad de 96 años, en 1852.

## VIII. TODOS HACIA SOMOSIERRA

A las 8 de la mañana del día 26, un correo lleva a Napoleón la noticia de una batalla victoriosa que todavía continúa. ¿Y el parte oficial de la acción? El oficial no sabe nada (16). Si Lannes dice que vence, no importa el cómo ni los resultados finales. Lo que cuenta es Madrid a su alcance. Víctor recibe contraorden en su camino hacia Almazán para apoyar a Ney. El sentido de marcha es Somosierra, mientras Lefebvre recibe instrucciones para cortar hacia Segovia cualquier intento inglés y Ney es aleccionado para perseguir a Castaños *lepée dans les reins*, para, entre él y Lannes completar el copo español (17).

En Madrid todo son nervios y soflamas encendidas. Se fluctúa sobre el atolondramiento y la resolución numantina. Apenas hay 20.000 hombres armados para defender la capital. Y viene el primer error cuando se crea un pomposo «Ejército de Reserva entre Madrid y los Puertos», bajo el mando del teniente general Francisco Eguía. Casi inmediatamente se le anula al establecer una dirección triple de las operaciones. El marqués de Castelar y Tomás de Morla, miembros destacados de la Junta, quieren su parte de gloria en la decisión menos sensata y militar que podía tomarse en aquellos momentos. Las fuerzas se dividen. El general Heredia, con 3.000 hombres, sale a marchas forzadas hacia Segovia, para defender Guadarrama, Navacerrada y La Fuenfría. El grueso, cerca de 13.000 hombres, se sitúa en Somosierra, el paso más lógico por sus condiciones geográficas de poder ser utilizado por Napoleón. Lo manda un honesto y pundonoroso militar, el mariscal de campo Benito de Sanjuán (18). Sus instrucciones son apropiadas para un bando, nunca para un plan estratégico. Y él mismo carece de perspectiva.

---

(16) Lannes envió a su ayudante, el capitán, luego general y conde de Marbot, con el parte oficial de la acción, pero Marbot fue interceptado en Vozmediano por una patrulla de Carabineros Reales españoles. En el encuentro, Marbot fue gravemente herido, pero logró huir con los despachos, volviendo a Tudela, desde donde fueron nuevamente enviados a Napoleón, que los recibiría el 2 de diciembre, ya en Madrid.

(17) El Ejército del Centro consiguió huir, gracias a los cuatro días de ventaja que llevaba sobre el Cuerpo de Ney, logrando alcanzar Cuenca, donde se reorganizaría penosamente.

(18) Benito Sanjuán era mariscal de campo desde 1805, cuando fue ascendido a este cargo desde su puesto de coronel de los escuadrones del Generalísimo (Godoy). Luego fue gobernador militar de Vizcaya y Navarra. En 1808 pertenecía al Ejército de Castilla, de Gregorio de La Cuesta.

El 18 de noviembre, apenas llegado a la cumbre del puerto, comete un error fatal, al enviar a Sepúlveda al brigadier José Sardeny, con más de 4.000 hombres y seis cañones, como posible ayuda inexistente, al situarlo a una jornada de marcha en su flanco izquierdo. Sanjuan se queda al menos con la mayor parte de su artillería, y decide, ayudado por oficiales de este cuerpo, posiblemente el único que puede tratar de tú a los franceses (19), sacar de ella el máximo partido en el trazado del camino hacia la cumbre. Hace mucho frío ya y los vencedores de Bailén (parte de la división de Réding) se resguardan como pueden en las escasas majadas de los pastores.

Mientras las patrullas españolas son mínimas y sus informes se dispersan hacia mandos que nada resuelven, Napoleón recibe cada día una montaña de partes de su Ejército que Berthier coordina incansable. El emperador asiste al movimiento de sus tropas moviendo la escena puntualmente y recibiendo confirmaciones detalladas de todo cuanto sucede, pese a las dificultades de un país en guerra que se niega a colaborar, como informa sorprendido Milhaud desde Palencia: «¡El general Franceschi ha ofrecido 25 napoleones de oro para enviar un espía a León y Astorga, y no ha encontrado a nadie!». Igual que Lasalle, en un despacho firmado «media legua antes de Moradillo, a las cuatro y media de la tarde: Haría falta, monseñor (se dirige a Berthier) interrogar a las piedras. No queda un ser vivo en este valle».

Pero Savary, que ha atacado por sorpresa Sepúlveda y ha sido rechazado con ligeras pérdidas (20) tiene más suerte al interrogar a tres desertores y un prisionero, cuya detallada transcripción es enviada a Napoleón. El primero de ellos, José Julián, de Trieste y doce años en las Guardias Valonas, habla por los codos, da toda clase de información sobre los efectivos españoles en Sepúlveda, de las fortificaciones que ha visto al cruzar Somosierra, del estado

---

(19) La artillería española era el cuerpo más profesionalizado del Ejército español. En Bailén fue el indiscutible soporte de la victoria, bajo el mando de dos ignorados coroneles: Don Juan Júcar y Don Antonio de La Cruz. En Somosierra, los artilleros españoles emplazaron la primera batería unos 300 metros por arriba del puente, la segunda, 600 metros detrás. la tercera otros 700 metros más arriba y la última en el mismo puerto, en un pequeño reducto improvisado y sin cerrar por la gola. La mayor parte de los 200 artilleros murieron en la batalla (las bajas españolas fueron de 200 muertos y otros tantos heridos, más 2.000 prisioneros capturados por la tarde y noche del mismo día).

(20) Savary tuvo 60 heridos, mientras los españoles sufrían 12 muertos y un centenar de heridos. El choque más importante estuvo entre el regimiento de Almansa (66 bajas) y el 10.º de cazadores a caballo de Lasalle (apenas una docena).

de los caminos y de los más convenientes a utilizar, y comenta que «los campesinos están desnudos y hambrientos», y que «bastantes franceses de Bailén, encuadrados en los regimientos de Irlanda y Guardias Valonas, sólo esperan una buena ocasión para desertar. «Pedro Fernández, de Santander, que estaba en Jerez en casa de un tío suyo y lleva desde entonces dos meses —enrolado a la fuerza, dice— en el regimiento de caballería de Almansa, no recuerda el nombre de su coronel, ni el del general que les mandaba en Sepúlveda (cuando Sardeña era precisamente el coronel de Montesa) ni si había tropas o cañones en Somosierra. Y el capitán Lagorsse, que lleva el interrogatorio, añade debajo como observación: «Fernández es un recluta poco capaz de dar informes positivos y de observar los movimientos de su división». Por su parte, José Bernardé, italiano de Parma y Domenico Castanio, natural de Ajaccio precisamente, con ocho y diez años de servicio en las Guardias Valonas, aclaran que estaban en Portugal, desde donde les embarcaron hasta Cádiz, tomando parte en la batalla de Bailén. Luego coinciden en ofrecer los mismos datos que su compañero de regimiento. Y Lagorsse puntualiza al lado: «Las declaraciones de Bernardé y Castanio confirman las de José Julián, quien, más inteligente, ha dado informes más completos y exactos».

Poco después, Lasalle comunicaba: «El enemigo ha comenzado a evacuar a las once y media su posición de Sepúlveda; se retira sobre Somosierra que, según el informe de cuatro franceses desertores, está erizada de cañones...». Napoleón no espera más y Berthier envía un aviso urgente a Víctor: «Le prevengo, señor mariscal, de que el emperador estará a las 6 de la mañana en Cerezo de Abajo, con la división Lapisse y la Guardia. En consecuencia, os ordena que atacéis al amanecer la garganta de Somosierra». Es el 30 de noviembre de 1808. En el alba, las hogueras del desfíladero se extinguen paulatinamente.

### IX. LA CARGA DE LOS IMPOSIBLES

Con las primeras luces, una patrulla de reconocimiento se adentra garganta arriba. La manda el mayor Lejeune (21) ayudante de campo de Berthier, según una orden expresa de Napoleón que quie-

---

(21) Lejeune, luego general, se haría célebre por sus magníficos dibujos y óleos sobre la campaña napoleónica en España. Pocas semanas después de Somosierra, sería capturado por los guerrilleros de la partida de El Médico (Juan Palarea), que lo tratarían con respeto, recobrando luego la libertad.

re saber el máximo de lo que allí se oculta. La forma fantasmal de un puente cuyo final no aciertan a distinguir, se ofrece solitario ante ellos.

Dejando atrás su escolta, Lejeune avanza hasta la mitad, donde el rumor del agua que se escucha abajo le hace inclinar la cabeza sobre el pretil. La visión de un montón de cuerpos apiñados bajo el arco le sobrecoge. Son franceses. Todos degollados. Sobreponiéndose, Lejeune continúa hasta que un profundo corte en el camino le impide el paso. Al otro lado del obstáculo y la niebla, se oye hablar fuertemente en español. Lejeune vuelve con los suyos y todos retroceden rápidamente hacia las primeras líneas de los tiradores de la división Ruffin, que ya progresan desfiladero arriba. Enseguida, las avanzadillas españolas los descubren, abriendo fuego desde ambas laderas (22).

El combate se generaliza. La artillería de la Guardia, piezas, al mando del general Sénarmont, intenta desplegar para proteger a la infantería, pero la estrechez del paso sólo permite poner en posición dos piezas, pronto en desventaja bajo el cañoneo denso de las españolas. El tiempo pasa. Hacia las once y media, Napoleón, informado de lo que sucede, decide ir hacia adelante, seguido sólo por el escuadrón de servicio: el 3.º de los caballos-ligeros polacos. Son todos ellos *towarzysz*, pertenecientes a la pequeña y media nobleza, en servicio casi desde niños (23). La visibilidad aumenta, la niebla se pierde poco a poco montaña arriba. Apenas a 400 metros de la primera batería española, Napoleón pide su antejo y se pone a observar meticulosamente los asentamientos que le impiden el avance. El emperador vuelve a estar bajo el fuego enemigo. Hace diecisiete meses de la última vez, en Friedland. El cañoneo y la fusilería se obstinan a su alrededor, monótonos e ineficaces. Bruscamente decidido, se vuelve hacia su reducido estado mayor exigiéndole pongan fin al «impasse». El general Montbrun, al mando aquel día de la caballería de vanguardia, tarda en asimilar que

---

(22) El avance de la división Ruffin fue llevado a cabo por los regimientos 96.º de Línea (avanzando por el camino) y el 24.º de Línea y 9.º Ligero (el primero hacia el Barrancal por el Este y el segundo al Oeste, hacia las alturas de La Cebollera).

(23) Cuando Napoleón entra en Varsovia el 16 de diciembre de 1806, una guardia de honor se forma espontáneamente a las puertas de su residencia, bajo el mando del conde Vincent Corvin Krasinski, futuro coronel de los caballos-ligeros polacos y presente en la batalla de Somosierra. En enero de 1807, y siguiendo órdenes de Napoleón, Berthier encarga a Duroc la composición de un cuerpo de jinetes que, «por su educación, ofrezcan una garantía suficiente de moralidad». Son los caballos-ligeros, cuyo primer hecho de armas sería la sangrienta batalla de Eylau contra los rusos, formando parte de la caballería de Murat..

la orden se refiere a él y sus jinetes. Reaccionando, llama al coronel de Piré y juntos cabalgan hacia primera línea, donde reúnen un destacamento de cazadores a caballo de La Guardia y avanzan dejando atrás los artilleros. En columna de cuatro y Montbrun a la cabeza, alcanzan el puente justo cuando varias descargas silban entre las filas sin alcanzar a nadie. Montbrun levanta el brazo y ordena el repliegue. Han podido ver el foso que describía Lejeune y las bocas humeantes de los cañones españoles. De Piré vuelve al galope para explicar que la carga, en esas condiciones, «Sire: es imposible». Napoleón, que se desplaza inquieto de un lado a otro, detiene violentamente su montura. Sus ojos brillan de cólera y exclama: «¿Imposible? ¡No conozco esa palabra!». Algunos testigos asegurarían después que hizo ademán incluso de abofetear a de Piré, quien retrocedería pálido y desencajado. Y volviéndose hacia el escuadrón polaco, éstos oyen la orden increíble: *¡Enlevez-moi ça au galop!* («¡Quítenme eso al galope!»). Hay unos segundos de vacilación, mientras generales y oficiales superiores se miran entre sí sin comprender. El emperador reclama al mayor Philippe de Ségur para que transmita su orden de nuevo y sin vacilaciones. Ségur alcanza al escuadrón a cuya cabeza se encuentra su capitán accidental, Koziatulski. Los caballos están inquietos y todo el escuadrón se tensa como un arco cuando escuchan lo que se le ordena a su capitán. Koziatulski permanece impasible, pero sus ojos se nublan emocionados al decirle Ségur espontáneamente que se queda con ellos. Será el único francés que participará en la carga más impresionante de la historia de la caballería. 2.500 metros pendiente arriba, 16 cañones en cuatro baterías enfiladas una detrás de otra y más de 9.000 hombres les aguardan. Ellos son 150.

El camino que lleva hacia los cañones está ya silueteado por la luz solar, cuando los sables saltan arriba en un chasquido común. En pocos segundos y al grito de *¡En avant, vive l'Empereur!* galopan chocando unos con otros hacia lo imposible. Los artilleros españoles apenas pueden comprender lo que se les echa encima y aplican las mechas. Una andanada de metralla golpea y mutila atrocemente las filas, pero no corta el impulso de la carga. Ségur,

---

(24) En ausencia del titular, Stokowsky, la jefatura del 3.º escuadrón recayó en Koziatulski. El escuadrón estaba formado por dos compañías: la 7.ª, mandada por el capitán Krasinski —del mismo apellido que el coronel— y la 3.ª, al mando del capitán Dziewanowoski. El regimiento se componía de otros cuatro escuadrones —el 1.º, 2.º y 4.º— totalizando un total de efectivos presentes en Somosierra de 678 hombres. Cada compañía contaba con 85 hombres, por lo que, contando con los enfermos y faltos de montura, se puede considerar una suma total para el 3.º escuadrón de 150 hombres (tal vez algunos menos), incluidos los oficiales.



gravemente herido (25), se derrumba junto a Koziatulski, cuyo caballo, alcanzado de lleno por un proyectil, es un amasijo de huesos y carne roja. El resto del escuadrón salta por encima de muertos y supervivientes. Koziatulski, conmocionado, se planta en medio del camino gritando por un caballo. Sus hombres cruzan a su lado como una exhalación. Los artilleros españoles intentan febrilmente recargar sus piezas. No tendrán tiempo. Como surgidos de una pesadilla, unos uniformes oscuros rematados por extraños cascos, bajo los cuales chillan enloquecidos los ojos de los caballos, caen sobre ellos y los acuchillan. Koziatulski, que camina obstinado y solo, pendiente arriba, oye los gritos de agonía mientras un puñado de jinetes desemboca en la recta a todo galope, conducidos por una cara que no reconoce, sable en alto y boca abierta. Es Jan Niegolaewski, el único oficial que llegará hasta el final de los ocho minutos que va a durar la fantástica cabalgada (26). Mientras el reducido grupo intenta alcanzar al escuadrón, éste se enfrenta con la segunda batería. Los españoles abren fuego nada más salir caballos y jinetes del caos sangriento de la primera fila de cañones. Disponen de poco más de un minuto para intentar detenerlos. En el preciso instante en que los caballos se encabritan sobre las piezas, una andanada de metralla y fusilería los revienta. Las primeras filas caen, ensangrentadas, sobre los cañones, pero las siguientes aplastan las manos que se protegen sin conseguirlo, responden a pistoletazos contra bayonetas y fusiles y cortan de lado a lado rostros, brazos y pechos. Unos y otros se desploman, en una vorágine de exterminio. Y adelante. Niegolaewski y su grupo ya están en cabeza. Adelante, adelante, el camino hacia la cumbre está abierto.

En lo alto, Benito Sanjuán ha visto cómo sus líneas de cañones eran barridas por una impensable carga de caballería. Entre el polvo y la distancia poco puede concretar, pero está claro que la derrota es segura si no consigue pararlos en las dos últimas baterías. Rodeado de sus oficiales, da órdenes para que su escasa y poco fiable caballería (apenas 150 jinetes recién reclutados) forme detrás

---

(25) Ségur, que cabalgaba en primera fila junto con Koziatulski, fue alcanzado por varios disparos de fusil y un impacto de metralla. A través de una de sus heridas en el pecho «se veía latir el corazón», según los testigos que le recogieron. Ségur llegó a general y escribiría un relato bastante inexacto sobre la famosa carga de Somosierra.

(26) Niegolaewski se incorpora tarde a la carga de su escuadrón porque se encontraba efectuando una descubierta por las laderas de Somosierra al mismo tiempo que Lejeune cruzaba el puente con la niebla. A la vuelta de su reconocimiento, en el que capturó un soldado español, se dio cuenta de que la carga había comenzado y, reagrupando a su pequeño grupo más otros rezagados, consiguió alcanzar al escuadrón y llevarlo a la victoria.

de él. Ha visto cómo titubeaban sus filas de fusileros y el retroceso de todos sus regimientos está ya marcado cuando los cañones de la tercera batería truenan a la vez.

Los polacos, reducidos a un muñón sanguinolento estirado sobre más de un kilómetro, están destrozando a los defensores de la tercera línea española. Algunas descargas sueltas desde las alturas alcanzan todavía al escuadrón saliendo ya hacia el final. Caen más jinetes pero otros cubren los huecos. Niegolaewski, que ha visto al pasar el cuerpo tronchado de su capitán Dziewanowski (27), toma el mando y cruza por entre las piezas seguido ya de muy pocos. Adelante, adelante, pendiente arriba contra los cañones. La cuarta y última posición les ve venir como espectros, galopando indestructibles entre el humo y los gritos. La masa aullante de los polacos supervivientes se aproxima a velocidad de vértigo. Las bridas sujetas con los dientes, en la mano derecha el sable ensangrentado y la pistola descargada en la izquierda como maza, los polacos devoran los últimos metros. Aún ven cómo los artilleros se inclinan sobre las cureñas, los fusiles de los soldados apuntando, la silueta cierta de una ermita en la cumbre, algunos jinetes como ellos en grupo y aguardándoles... el todo y la nada en el segundo siguiente.

Los reclutas españoles disparan sin apuntar, arrojan al suelo sus armas y trepan aterrorizados por repechos y terraplenes. Los artilleros se quedan solos. Saben muy bien que no podrán hacer fuego más que una vez. Y deciden aguardar la muerte hasta tocarla casi con los dedos. La andanada simultánea revuelve de arriba a abajo el esqueleto del escuadrón, sangrándole hasta el fondo. Pero de entre el revoltijo de cuerpos, humo y gritos, surge una postrera avalancha de caballos, la mayoría sin jinete, que aplastan todo y rompen hacia la cumbre.

Benito Sanjuan vuelve la cabeza. Ni soldados ni caballería. Todos han visto su derrota antes que él y ahora se retiran abandonando banderas, arzones y carruajes. Ni siquiera los cuatro batallones de la Reina y la Corona han sabido aguantar tras él. A su izquierda y derecha, las laderas son un hormiguero de filas blancas empujándose las unas a las otras. Desencajado y decidido, se lanza sable en mano sobre aquellos hombres que le han vencido. Entre las piezas, consigue alcanzar a uno de ellos, pero recibe dos sablazos que le dejan aturdido. Su sable colgando a lo largo del cuerpo, mira a su alrededor sin comprender. Los cañones están silenciosos, va-

---

(27) Dziewanowski fue alcanzado por un proyectil de cañón que le destrozó una pierna y la cadera izquierda. Moriría en el hospital de Buitrago ocho días más tarde.

rios montones de hombres y caballos se mueven todavía. Las hileras blancas se van haciendo cada vez más pequeñas, camino de las barrancadas hacia Buitrago o Segovia. El humo del desfiladero vomita un último pelotón de jinetes. Son muy pocos, apenas media docena, varios caballos sólo corren junto a ellos. Sanjuan termina por comprender. Y su figura vacilante se aleja lentamente camino de su martirio.

Seis jinetes quedarán dueños de la cumbre. Seis de ciento cincuenta. Niegolaewski parece transfigurarse cuando su camarada Sokolewski le asegura que todos los demás han quedado en el camino (28). Y volverán a cargar sobre los artilleros y fusileros rezagados. En el choque, Niegolaewski se encontrará solo, sus camaradas heridos o perdidos, él mismo prisionero de su caballo muerto. Dos soldados españoles se revolverán contra él y le dejarán malherido con dos tiros de fusil en el cuello y la cabeza, más otros nueve bayonetazos, abandonándole luego al escuchar los vivas de la Guardia de Napoleón, coronando ya el puerto. Pero Niegolaewski, que llegará a coronel y escribirá en 1855 un relato emotivo sobre estos sucesos, tendrá la satisfacción de recibir de manos del propio emperador la cruz de la Legión de Honor. Una capital y un reino a cambio de un escuadrón es un buen negocio, y Napoleón se muestra generoso en el improvisado hospital de Buitrago, concediendo 16 cruces a los supervivientes (29), a los que reconoce al día siguiente, en medio de las aclamaciones del Cuerpo de Víctor, como *dignos de mi Vieja Guardia y los más bravos de entre los bravos*.

Por todo ello, el 13.º *Bulletin de l'armée d'Espagne* se puede permitir el lujo, entre varias inexactitudes de concesión a la gloria francesa (30), de concluir simplemente con una verdad: «El tiempo es muy bueno». Sí, el sol de Somosierra vale, en principio, tanto como el de Austerlitz. Madrid es su premio y España entera el botín. Pero las nubes de la obcecación imperial lo cubrirán por cinco años más de guerra culminada en derrota.

---

(28) Las pérdidas polacas fueron de 57 muertos y heridos, más otros contusos y desmontados. Las fuerzas de caballería española eran de dos escuadrones de Voluntarios de Madrid y posiblemente uno más del Príncipe.

(29) Napoleón concedió 16 cruces de la Legión de Honor, 8 para los oficiales y 8 para los suboficiales y clases. Los polacos tomarían 5 de las 10 banderas capturadas a los españoles.

(30) El 13.º *Bulletin* contenía bastantes inexactitudes —estaba redactado por el propio Napoleón, como testigo directo de su gloria— y afirmaba que la carga había sido dirigida y mandada por el general Montum, con la pérdida de «ocho polacos sobre las piezas y otros 16 heridos».

## X. APOCALIPSIS E INUTIL VICTORIA

Otras cruces esperaban a los derrotados. Por la noche de ese mismo día 30, llegaba a Segovia el destacamento de Sardeny y poco después de la medianoche, completamente agotado y solo llegaba el propio Benito Sanjuán. En desesperado consejo de guerra se decide reunirse todos con las fuerzas de Heredia en Guadarrama, adonde llegarían el 1 de diciembre. Heredia y Sanjuán se encuentran allí con el coronel Graham. Unos y otros intercambian derrotas y desesperanzas. Graham envía un despacho urgente a Moore, advirtiéndole del caos que presencia. Este correo salvó al escocés, presionado entonces por los generales españoles Escalante y Bueno de que acudiera en socorro de la capital. El parte de Graham abrió los ojos de todos. Moore ordenó la retirada. Sería una larga marcha hacia el norte que culminaría con la muerte en las rocas de Elviña (31).

Heredia y Sanjuán solos, deciden acudir en socorro de Madrid. Pero al llegar a El Escorial y luego Brunete, las tropas se amotinaron, creyendo que se les iba a entregar a los franceses. En el tumulto que siguió, Sardeny se negó a ir a la capital, decidido a refugiarse en Extremadura, mientras Heredia persistía en su propósito con 5.000 hombres. Sanjuan, confuso y abatido, no se atrevió a imponerse a Sardeny y decidió seguir a su subordinado hasta Méndrida y luego Talavera. Allí, el 7 de diciembre, en una revuelta de paisanos y soldados excitados por un fraile, la sombra patética de Somosierra es acorralada en el convento de San Agustín. Sanjuan vuelve a empuñar el sable para defender su vida, pero los gritos de traidor y culpable más los rostros marcados por el odio, bajan su mano. Desesperado, intenta saltar por una ventana y a un lado y otro le disparan y apuñalan. Insatisfechos aún los autores, arrastran su cuerpo mutilado y desnudo hasta colgarlo de un olmo donde le fusilan ciegamente. Y allí quedó como ejemplo de desatino y barbarie. El viejo toro hispánico corneaba a sus propios hijos. Una terrible constante en su historia. Cuatro días después, al entrar en Talavera los jinetes de Lasalle, descubren sus restos trocea-

---

(31) La batalla de Elviña (un pueblecito a las afueras de La Coruña) tuvo lugar el 16 de enero de 1809. Los ingleses tenían 16.200 infantes y 9 cañones (el resto de la artillería ya estaba embarcada). Soult atacó con 20 piezas, 3.073 jinetes y 11.900 infantes. Moore fue alcanzado a media tarde por un proyectil de cañón que le destruyó el hombro y brazo izquierdo, cuando dirigía las operaciones desde una roca aislada que todavía es identificable. Murió desangrado a las dos horas, mientras sus hombres comenzaban el reembarque.

dos por las aves de rapiña. Tan sólo su mano derecha permanecía aún suspendida del árbol. Su acusación quedaría impune (32).

Madrid ya había caído. La derrota de los Puertos sólo produjo el nacimiento de una Junta Permanente de Defensa, presidida por el duque del Infantado. Las premoniciones de Moore, en su carta del 26 de noviembre a su hermano James desde Salamanca, eran bien determinantes: «Los pobres españoles merecían mejor suerte, pues me parecen una hermosa nación, pero han caído en manos de dirigentes que los han perdido por apatía».

Napoleón, desde Chamartín, en las afueras de la capital, vigila y distribuye su conquista. La lucha ha sido corta y brutal (33), pero

---

(32) El asesinato de Sanjuán provocó la apertura de una causa sumarial que no hemos podido encontrar en los Archivos Militares españoles pese a numerosas pesquisas. Sin embargo, son muy numerosos los oficios y diligencias de comunicaciones entre los distintos cuarteles generales de los Ejércitos de Castilla, Extremadura y Andalucía entre sí y con la Junta Central, cuyo secretario, Martín de Garay, aparece firmando varios de estos oficios. Todos ellos informan o recaban nuevos datos sobre el proceso mientras que instan a la pronta culminación del sumario. Las fechas se suceden entre enero de 1809 hasta mediados de 1811, en que desaparecen por completo. Es muy posible que en las sucesivas marchas y contramarchas en las campañas de 1811 y 1812 se extraviase la causa, o muy probable también, que alguna mano interesada la hiciera desaparecer. En cualquier caso, el proceso debió de ser prolijo y cuantioso, cuando ya desde un oficio fechado a 8 de mayo de 1809 en el cuartel general de Monasterio (Ejército del Centro, antiguo de Castilla) y con la firma de Gregorio de la Cuesta, se informa de que «ya son 32 los testigos que han prestado declaración, aunque faltan por declarar el que era comandante de la plaza de Talavera en el día de los hechos, don Francisco Duvermeill, un capitán del mismo cuerpo —éste sería probablemente Don José Crivell, capitán de los cazadores de Zafra, citado en otro oficio —un cabo llamado Gutiérrez del regimiento de Montesa, que con otros ordenanzas se hallaba en la casa del difunto en el acto de su alevosa muerte, así como el segundo Ayudante Mayor del 3.º Batallón de Reales Guardias Valonas, en cuyo poder se halla el anteojo del fallecido general». En otro oficio se habla de «poner en arresto a Don Tomás Santamaría, capitán de Cazadores del Regimiento de España y reconvenirle como conviene por lo que declara contra él, como testigo de vista, el cadete Don Pedro Mendoza». Sardeny fue encarcelado durante largo tiempo —parece evidente que algunos de sus jinetes de Montesa tomaron parte junto con los Guardias Valonas en los hechos— conservándose una petición de su hija, Ramona de Sardeny Arias, fechada en Sevilla, en la que, como hija y esposa de militares (estaba casada con el coronel del regimiento de caballería del Infante) solicita «clara justicia y reparación de los agravios cometidos a su padre, que está preso y fuera de sí, por acusársele del asesinato del mariscal, cuando él se encontraba entonces en otro pueblo muy distante de los terribles sucesos, y ahora se encuentra sin proceso, incomunicado y con centinela de vista. Finalmente, y ya en 1833, existe otro oficio por el que «se comunica a la autoridad competente que no existe en éste Registro (se refiere al Archivo de Segovia) ningún documento que pruebe la existencia de una pensión concedida a la mujer e hijos del difunto mariscal de campo, Don Benito Sanjuán, tal y como se nos solicita».

el final no ha podido ser otro: la rendición sin condiciones. El Aguila se muestra justiciera y abate de un picotazo todas las viejas telarañas de trescientos años de historia, suprimiendo el tribunal de la Inquisición, reduciendo a una tercera parte los conventos existentes, aboliendo los derechos feudales, anulando las diversas barreras aduaneras interiores, destituyendo a todos los miembros del Consejo de Castilla que se habían desdecido en sus promesas de sumisión a su hermano... a la par que invita a todos los españoles a cesar en su resistencia y reconocer como legítimo rey a José, so pena de que España sea considerada tierra de conquista y anexionada sin más al Imperio. José, en una reacción que le honra y crispa al emperador, le responde con la renuncia al trono de España. Napoleón tampoco le contestará esta vez. Prefiere darse un paseo por Madrid, una ciudad en silencio que le ve pasar bajo una mezcla de temor y hostilidad. Al subir la bella escalera del Palacio Real y dominar su grandiosa perspectiva, se vuelve pragmático hacia el rey y le dice: «Hermano mío, estaréis mejor alojado que yo mismo».

Pero en España los palacios son museos huecos y forman parte de la misma trampa. La vida y la muerte pelean en la áspera geografía peninsular. Sin mandos y sin ejércitos, con los ingleses en retirada, a los españoles no les queda más solución que atacar por debajo al gigante. Los guerrilleros —40.000 en 1812— terminarán por desangrarlo —en 1810, morirán en los hospitales de España una media de 120 soldados franceses por día— y abatidos en los caminos.

Luego, mientras pasa revista a la Guardia el 19 de diciembre, llega el despacho urgente de Soult advirtiendo la maniobra desesperada de Moore, que intenta cortar sus comunicaciones por el Norte. Y vendrán la prueba del hielo y la muerte en Guadarrama, sin atender a los sordos estampidos a su espalda. Los *groñards*, agotados y vencidos por la nieve, apoyan su cabeza sobre los fusiles y

---

(33) Luego de un ataque centrado en las defensas españolas del Retiro, al que la artillería de la Guardia —50 piezas— dejó pronto fuera de combate, la lucha se centró en lo que hoy es el hotel Palace —donde murió el general Labruyere— y el cuartel de Conde Duque. Finalmente, y luego de varios alto el fuego, en la madrugada del 4 de diciembre, Tomás de Morla —que se atrevió a asistir a la rendición pese a los datos que los franceses conocían de él sobre su actuación con los prisioneros de Bailén— se sometía ante Napoleón en Chamartín. Casi a la misma hora, el general Heredia se presentaba ante el marqués de Castelar para anunciarle que sus tropas entraban por la puerta de Segovia. Castelar informó a Heredia de la rendición en curso y juntos lograron escapar con 4.500 hombres y 16 piezas.

se saltan la tapa de los sesos disparando el gatillo con el pie. Todo antes que quedarse solos frente a la guerrilla. Y la galopada salvaje a través de la meseta en pos de un ejército que se escapa, con los correos desbocados llevándole susurros terribles de Europa: Metternich, Tayllerand, Berlín o San Petersburgo. Y las cinco horas a rienda suelta entre Valladolid y Burgos. Sin descanso, sólo con Savary, Duroc, su fiel mameluco y cuatro guías que le siguen como pueden. Moore queda para Soult. Francia, Francia, cada vez más cerca. Atrás deja sus mejores hombres atornillados a la tortura de España, pero vencerá en Wagram pese a todo.

Y el 25 de enero escribirá a su hermano, prisionero de un pueblo que le combate y de un aparato militar que sólo atiende las órdenes del emperador: «Si nada lo impide, estaré de vuelta hacia finales de febrero». Pero ya no volverá nunca. Como tampoco retornarán sus *groñards*, desgraciadas figuras en manos de un destino imperial que hará la gloria de sus mariscales, la riqueza de sus generales y la ruina y exterminio de oficiales y soldados. «¡Qué guerra —suspirará un día Lannes, el vencedor de la Zaragoza inmortal— hasta la victoria da pena!». Y el mismo Napoleón terminará por confesar, pero cuando ya era tarde: *Aquella desdichada guerra me perdió; todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con aquel nudo fatal.*

El Aguila no supo concluir su mejor frase. *Vencer no es nada, es preciso entender la victoria.* Bailén no había vencido a Somosierra. Pero la semilla germinaría en una voluntad indomable: la de todo un pueblo. Y es imposible ganar una guerra persona por persona.

#### B I B L I O G R A F I A

- Archivo Militar General de Segovia. Legajos guerra de la Independencia y documentación relativa a la causa sumarial sobre el asesinato del mariscal de campo Benito Sanjuán.
- Servicio Histórico Militar. Legajos Guerra Independencia y Colección Documental del Fraile. Colección del Conde de Clonard.
- Clerc. «Guerre d'Espagne». Paris, 1903.
- Fuentes Cervera, Eduardo de, «La organización de nuestro ejército en la Guerra de la Independencia». Zaragoza, 1958.
- Gille, Phillipe. «Memoires de un conscrit de 1808». Paris, 1892.
- Geoffroy de Grandmaison, Charles Alexandre. «Les débuts de Joseph Bonaparte a Madrid». 1908.

- Gómez de Artechc, José. «Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814. Madrid, 1868-1903.
- Balagny. «Campagne de L'Empereur en Espagne». Nancy, 1909.
- Lafuente, Modesto. «Historia General de España». Madrid, 1850-1867.
- Lecestre, Leon. «La guerre de la Peninsule d'apres la correspondance inedite de Napoleon I». Paris, 1896.
- Lejeune, Baron. «Memoirs of Baron Lejeune». Londres, 1897.
- Marbot, Baron. «Memoires». Paris, 1946-1951.
- Napier. «History of the War in the Peninsula». Londres, 1890-1902.
- Oman, Charles. «A History of the Peninsula War». Oxford, 1902-1930.
- Priego López, Juan. «Guerra de la Independencia: 1808-1814». Madrid, 1972.
- Thiers, Adolphe. «Histoire du Consulat et de l'Empire». Paris, 1849.
- Zamora y Caballero. «Historia General de España». Madrid, 1874.
- Lovett, Gabriel H. «La Guerra de la Independencia». Barcelona, 1975.
- Norvins, M. de. «Histoire de Napoleón et ses campagnes». Paris, 1827.
- Ségur, Philippe, Conde. «Histoire et memoires». Paris, 1873.
- Niegolaewski, Jan. «Les polonais a Somosierra». Paris, 1855.
- «Souvenirs militaires du Colonel de Gonnevillle». Paris, 1895.
- A. Rembowski, «Sources documentaires concernant l'histoire du regiment des chevau-légers de La Garde de Napoleón Ier». Varsovia, 1899.

